

Tertuliando con *Chito* Henríquez

José del Castillo Pichardo¹

La primera referencia que tuve de Chito Henríquez fue una foto en *El Caribe*, publicada en tiempos del Consejo de Estado. Su rostro lo dominaban unos gruesos espejuelos de pasta con marco de escafandra que se descolgaban de unas orejas impresionantes, seña inequívoca de los Henríquez –al igual que las de su primo Federico y mi abuela Emilia Sardá Piantini. Debajo de su pronunciada nariz, unos bigotes de espesa brocha negra disimulaban unos pequeños labios finos. Lector de *Carteles*, se me parecía a una de las personalidades de la vida cubana.

Entonces el Dr. Francisco A. Henríquez Vásquez trataba de retornar a su patria tras quince años de ostracismo, al igual que otros exiliados y era noticia de primera plana en la prensa de la época, representada por *El Caribe* y *La Nación*. Figuraba en una lista negra muy pesada, de peligrosos “comunistas” entre los cuales estaban Máximo López Molina, Marcio Mejía-Ricart, Hugo Tolentino, Vinicio Calventi y Diego Bordas. El Consejo de Estado, presidido por Balaguer y luego por Bonnelly, procedió a devolverlo desde el aeropuerto en tres ocasiones, deportándolo hacia Jamaica, Martinica y París.

1. Sociólogo, historiador y miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.



Asunto de familia

Fue Fefita, mi madre, quien hizo el primer comentario que trazó el punto inicial de lo que, una década después, se convertiría en una línea de amistad, recta, sin curvas ni retrocesos. Refiriéndose a Chito me dijo:

“Ese es uno de los que conspiraba contra Trujillo con tu papá (Francisco del Castillo) y tus tíos (Jesús del Castillo y Mané Pichardo Sardá). Visitaba la oficina de abogados que tenía Francisco con Eduardito (Read Barreras), Chencho (Roques Román) y Emilio (de los Santos), al lado de la Catedral, en el Arquillo de los Curas. Su hermano Gugú era muy buen mozo, alto de ojos azules, un atleta y gran deportista. Jugaba en la Escuela Normal frente al Parque Independencia y subía a San Carlos a jugar basketball y volleyball con Mané y Tulito (Arvelo) en la cancha de la Escuela Brasil. Lo mataron en la invasión de Luperón de 1949, en la que estaban metidos tu papá y tus tíos, como también en la de Cayo Confites, que Trujillo la compró.

Eso le costó la vida a Jesús –que lo secuestraron saliendo de la oficina de tu papá y nunca apareció-, a tu tío Nando (Fernando del Castillo), al capataz de la finca. Trujillo se cogió las tierras de Hatillo, las de Manoguayabo. A tu papá siempre se dijo que Trujillo lo mandó a matar en la operación que se le hizo en esa clínica. Luego María Martínez me mandó un papel para que lo firmara, vendiéndole las tierras de Francisco para la Azucarera Haina, al precio que ella quisiera. Así eran las cosas, mi hijo, en este país. Y había que hacerlo, obligado. Todo era para Trujillo y sus asesinos.

Estelita, su hermana, estaba casada con Mario Lluberes, de San Carlos y era una de mis mejores amigas y compañera de

estudios. Su papá, don Quillo (Enriquillo) era muy malgenioso, hijo de don Federico. A don Fed le decían el Maestro y hermano de Martí, era muy dulce conmigo. Me quería mucho y siempre me decía ‘venga acá, mi muchachita tan linda’ y me daba muchos besos y caramelos. Fue mi maestro de Lengua Española en el colegio de las Pellerano (Luisa Ozema Pellerano, con quien casó Federico Henríquez y Carvajal en segundas nupcias, tras enviudar).

Gugú era más joven y yo le llevo como dos años a Chito. Tu papá era medio socialista. Eso era muy peligroso, pues Trujillo le decía comunista a todo el que se le oponía. Una vez Cucho (Alvarez Pina), que era primo de tu papá, se le presentó en la oficina y le dijo: ‘Francisco, se va a hacer una Constituyente y el Jefe te ha nombrado diputado. Así que yo te traje el nombramiento para que lo firmes, junto a la renuncia’. Tu papá le dijo: ‘Yo te firmo el nombramiento, pero no la renuncia’. A lo que Cucho respondió: ‘Pero Francisco, si todo el mundo la ha firmado así’. ‘Pues yo no. Yo no pedí ese nombramiento’, respondió tu papá. Cucho, arreglando siempre las cosas, le dijo ‘Francisco, firmalo así, que te conviene, yo sé porqué te lo digo’. Era 1947 y don Cucho, tratando de proteger a su modo a otros miembros del movimiento clandestino antitrujillista como Eduardito Read Barreras y Pedro Mir, los enlistó también en la Constituyente. Mi madre me decía que papá le comentaba: ‘Fefita, qué vergüenza cuando mis hijos vean eso. Pensarán que su padre fue un sinvergüenza que se le vendió a Trujillo’.”

Antes de que mi madre me aleccionara sobre Chito Henríquez –yo tenía quince años para la época–, ya sabía de la hermandad de nuestras familias, leyendo en la colección de *Analectas*, órgano de la Logia Cuna de América que dirigía Enrique Apolinar Henríquez en la década del 30, cuyas



páginas devoraba con fruición en la comodidad de mi hogar. En los archivos y la biblioteca de mi padre –a quien perdí cuando tenía un año de edad, semanas antes de la Expedición de Luperón– había encontrado documentos firmados por los hermanos Federico y Francisco Henríquez Carvajal junto a mi abuelo Luis T. del Castillo, su hermano Francisco, y mi abuela Dolores Rodríguez –hija del historiador, poeta y restaurador Manuel Rodríguez Objío–, educadora normalista egresada del Instituto de Salomé Ureña de Henríquez, cuyo preceptor fue Monseñor Meriño. El album de homenaje a Martí, el vínculo con Eugenio María de Hostos –su hogar en la 30 de marzo esquina Benigno del Castillo quedó en manos, con mobiliario y todo, de mi abuelo, cuando aquél partió hacia Chile, siendo el inmueble adquirido luego por éste–, y la lucha nacionalista contra la Ocupación Militar Norteamericana de 1916-24 en la que se destacó mi tío Luis Conrado del Castillo, fraguaron esta fraternidad progresista de los Henríquez y los del Castillo.

Al igual sucedió con los Fiallo (Fabio, Atala, Antinoe y Viriato) y los descendientes del patricio Francisco del Rosario Sánchez. Como me dijera el poeta Enriquillo Sánchez: *“José, pero si no es a ti, a quién se lo cuento. Recuerda que a ambos nos fusilaron hace más de cien años en San Juan”*, en alusión al fusilamiento de nuestros respectivos bisabuelos, Sánchez y Benigno del Castillo. Por eso, nuestras familias permanecieron solidarias en la larga Era de Trujillo, participando activa o pasivamente en la resistencia a la dictadura. Asimismo con los Cassá Logroño, emparentados los Logroño con mi madre, cuyo padrino de bautizo y matrimonio fue don Panchito Cassá, socio de negocios de mi abuelo Lico Pichardo Soler.



Tras la decapitación del dictador, las calles de un Santo Domingo que recuperaba su antiguo blasón se poblaron de esperanza libertaria. Mis tías paternas –matriarcas abnegadas– me indicaron que de haber estado vivos mis tíos y mi padre estarían en Unión Cívica Nacional en primera fila junto a los Fiallo. Así que a pocas semanas del 30 de mayo estábamos todos enrolados en ese movimiento patriótico que sacudió en junio de 1961 la conciencia nacional aletargada. Allí de nuevo convergieron estas familias.

Encuentro en la UASD

Impedido por los vientos de la Guerra Fría, Chito debió quedarse en La Habana, Cuba –donde constituyó familia con Angélica, procreando a Alberto, Alma, Quisqueya e Iván– laborando como referencista de la Biblioteca Nacional José Martí hasta su retorno e ingreso a la UASD. Justo a principios de 1966 partí hacia Chile de donde regresé en 1971, cuando me incorporé a la UASD. A poco compartía con Chito funciones docentes y ejecutivas en esa institución. Él como Director del Departamento de Historia –unidad académica que fundó– y yo como Director del Departamento de Sociología –creada como Escuela por mi primo Luis Rafael del Castillo Morales. Además, el profesor Henríquez impartía clases de Historia a los estudiantes de la carrera de Sociología y era muy querido, al igual que Dato Pagán Perdomo en la asignatura Geografía Humana. Una tercera persona, Emilio Cordero Michel, dirigía el Colegio Universitario con espíritu de febril modernizador. Ambos Departamentos suplíamos un gran número de profesores al Colegio, triangulándose así nuestros asiduos contactos de trabajo.



Esa relación se mantuvo al pasar el autor de estas notas a encabezar la Dirección de Investigaciones Científicas (DIC) de la UASD. Desde allí programamos un calendario de conferencias extramurales que llevó a destacados profesores investigadores de la UASD a ofrecer sus conocimientos al público en la Biblioteca Nacional, el Instituto Espaillat Cabral, el Centro Cultural de los Brea Franco, el Centro de Detallistas, el Auditorio Don Bosco, logias masónicas y locales sindicales. Un ciclo de seminarios para profesores de historia de los barrios se coordinó con el Departamento de Historia, el Club Cultural Los Nómadas de Los Minas, presidido por el estudiante de periodismo Juan Deláncer, y la DIC. En estas jornadas participaron personalidades como Pedro Mir, Juan Bosch, Emilio Cordero, Ciriaco Landolfi, Hugo Tolentino, Andrés Avelino, José Antinoe Fiallo, Max Puig, Franklin Almeyda, entre otros.

Desde la DIC organizamos con Chito un programa de investigación sobre la Historia del Movimiento Obrero Dominicano, contando con la colaboración de jóvenes historiadores como Roberto Cassá y de viejas figuras del sindicalismo como Justino José del Orbe, que nos llevó a recorrer el interior del país tras la huella de esas luchas. Otro sector de cooperación fueron las publicaciones de las UASD, encomendadas a una comisión encabezada por Emilio Cordero Michel de la que yo formaba parte, siendo editor también de la revista *Ciencia*. Asimismo los ciclos de seminarios históricos animados por Tirso Mejía-Ricart en el Instituto Espaillat Cabral, entre muchas otras jornadas de esos años.

En adición, compartíamos estrecha amistad con los rectores de la época, Rafael Kasse Acta y Hugo Tolentino Dipp. De este modo se fue forjando una relación laboral y académica que se



extendió a encuentros sociales cotidianos. El escenario original fue la Heladería Capri, sita en la calle arzobispo Nouel, casi esquina Palo Hincado.

La peña de la *Heladería Capri*

A partir del 71 o 72, en la placidez saludable del local de esta heladería que ofrecía verdaderos manjares de cremosa textura, se daba cita cada noche, a eso de las 10, un grupo de profesores universitarios y sus amigos. Infaltables entre los primeros: Chito Henríquez, Dato Pagán, Emilio Cordero, Rafael Kasse Acta, José Aníbal Sánchez Fernández, Julio Ibarra Ríos, Tirso Mejía-Ricart, Juan Bosco Guerrero y José del Castillo. Juan Ducoudray, Tonito Abreu, Teddy Hernández y su padre don Telo, y el inolvidable Guillermo Vallenilla completaban la matrícula de los fijos. Otto Fernández, entonces alumno de Sociología, se arrimaba de vez en cuando con Rolando Tabar, como lo hacía a veces Félix Servio Ducoudray. Un personaje especial solía realizar su furtiva aparición ataviado de una capita: el Dr. Eladio de los Santos y Jerez, reputado dermatólogo profesor de la UASD, quien saludaba distante y teatral a los contertulios.

Esta peña hizo historia. No sólo por la calidad de sus integrantes, sino por la curiosidad de quienes no participaban en ella. La revista *Renovación* mantenía una suerte de crónica conjetural de lo que allí se hablaba, en una columna anónima redactada por un dirigente del Partido Comunista. Conforme a este ácido comentarista de la política dominicana, el Dr. Joffin Cury –quien alcanzaría la rectoría de la UASD en esos tiempos– bautizó al grupo como los “*comehelados del Capri*”. Cuando eso se publicó por primera vez, alguien comentó con



picardía “que era preferible un buen helado por la noche a darse un jumo diario antes de acostarse”. (Ciertamente la vocación de “comehelados” la reiteraron los peñófilos en el *Bar América*, *Los Imperiales* y en los *Helados Rex* del señor Pimentel. Aún más, Kasse Acta, Cordero Michel y Del Castillo, disfrutaron a 10 grados bajo cero en Moscú unos deliciosos helados comprados en los Almacenes Generales del Estado (GUM), cuando asistían en noviembre de 1973 al Congreso Mundial de la Paz en compañía del Dr. Cury y su amable esposa Anita Yee).

En la peña de la *Heladería Capri* se hablaba de todo. Algo de política, asuntos académicos del momento, temas históricos, y quizás lo más interesante por su efecto relajante durante los tensos Doce Años, era el rico anecdotario de contertulios como Dato Pagán, un personaje irrepetible a quien Chito llamaba “el gran manicato”.² Al cierre de una prolongada jornada administrativa y docente que se extendía hasta la noche, algunos universitarios acordábamos ir al cine antes de asistir a la peña. En esa lista de cinéfilos se inscribían Kasse Acta, Chito, Juan Ducoudray, Emilio Cordero y quien esto escribe. Y por supuesto, Dato Pagán.

A la salida del Olimpia, Leonor, Capitolio o de cualquier otro cine, el profesor Pagán procedía a narrar en rol protagónico una versión similar de la trama de la película. Chito, deslizado una sonrisa maliciosa, cruzaba miradas de complicidad

- Entre los tainos *manicato* identificaba a una persona valiente, corajuda, de buen corazón, mientras que las crónicas en Colombia refieren el vocablo como utilizado por los taironas “para describir a un guerrero que llevaba una insignia especial de cabello colgada de la cintura para atrás”, según refiere Sonia M. Rosa en *El sexteto mitológico-taino de Juan Antonio Corretjer*.

conmigo, a la espera de la proyección de la “segunda tanda” de la noche. “*Carajo, cuánta coincidencia, a mi me sucedió en Roma una historia parecida...*” Y así la narración se trasladaba a las eróticas y heladas colinas moscovitas, a los Llanos venezolanos poblados de anacondas, al París romántico y sartreano de los exilios o a La Habana cumbanchera. Era como recorrer el mundo y sus maravillas, no llevado de la mano por Adolphe Menjou en la serie de TV “Su historia favorita” de los años 50, sino guiado por la fértil imaginación de este ameno conversador y trotamundos. Siempre pensé –cuando leí *Los Papeles del Club Pickwick*, de Charles Dickens–, que Dato era una reencarnación de aquellos ingeniosos amigos que discurrían sobre los más variados tópicos.

Traslado al *Bar América*

El grueso de esta peña se trasladó al *Bar América*, ubicado en la misma calle esquina Santomé, frente al Hospital Padre Billini. Para mi era un lugar de amables nostalgias cuando de chico mi madre me llevaba a comer helado de mantecado con crocantes tostadas, un subproducto del horneado del bizcocho al cortarse el “filete” que desborda los moldes rectangulares y cuadrados cuando crece la harina. Allí se produjo una “reingeniería” del grupo. Persistieron Chito, Dato, Juan, Rafael, Emilio, Tonito, Vallenilla, Teddy, y se sumaron Freddy Agüero, Jacobito Valdez y el Dr. Luis José Soto Martínez. Tirso iba más tarde y esporádicamente, al igual que José Aníbal. La oferta del establecimiento era más amplia, con sandwiches, jugos naturales y un exquisito café expreso, junto a los helados.

Dato y Chito –aparte de los encuentros nocturnos– convirtieron este local en una suerte de oficina oficiosa. Allí



recibían mensajes, llamaban por teléfono, leían la prensa y “despachaban” sus asuntos. Un lugar donde se les podía localizar fuera de sus horas laborales. Chito vivía en esa cuadra, en un apartamento del Edificio López de Haro ubicado en El Conde con entrada por la Sánchez y luego en la casa de don Fed de la misma calle. Dato residía en la Avenida Bolívar casi esquina Dr. Báez, a distancia peatonal de su “oficina” y más tarde en la Pasteur, a escasos pasos de la Independencia, donde tomaba un concho que lo dejaba en la puerta de su “despacho”.

En una ocasión, debido al alza de los precios internacionales del café, el español propietario del *Bar América* se vio precisado a ajustar la taza de 5 a 7 centavos (todo ello con aire acondicionado, agua fría sin límites, servilletas desechables, periódicos incluidos y servicio de mesa). El profesor Pagán reaccionó “indignado” y elevó su “más enérgica protesta” ante el abuso de ese “español explotador”. En señal de malestar le retiró al *Bar América* su honradora presencia, aunque sólo por unos días. Nunca se supo si el español le hizo un “especial” a Dato o si éste cayó en cuenta que sólo por dos centavos adicionales estaba perdiendo una eficiente “oficina”.

El *Bar América* se transformó al arrendarlo su propietario a otro español llegado de Lima, quien le dio un giro de 180 grados de cafetería a bar restaurante. Paco introdujo verdaderas exquisiteces en el menú, como los langostinos de río de Bayaguana servidos al natural con mayonesa al gusto, cebiche de pescado a la peruana y otros platillos que empezamos a degustar. Ello representó un cambio de clientela, dada la nueva fama que pronto logró el sitio, arribando familias de clase alta, especialmente los fines de semana. Con este menú era imperativo se ordenara un vinito o un trago de ron o whisky.

Próxima a nuestra mesa siempre esquinera, se articuló un grupo de abogados y profesores universitarios bajo el liderazgo del talentoso Euclides Gutiérrez Félix, con la presencia de Pompilio Bonilla, Blanco Fernández, Báez Pozo, Gonzalo González Canahuate, Nanchú Espínola, una extensión de otra sabatina que operaba en el Panamericano en tanda meridiana a la que acudía esporádicamente.

El éxito de Paco fue tal que pronto compró una casa en la Avenida Independencia e instaló el *Restaurante Jai Alai*, de grata recordación por su buena cocina y la afable atención de sus propietarios y personal. El *Bar América* volvió brevemente a su dueño, quien pronto lo arrendó a un gallego simpatiquísimo y generoso, con la dificultad de que le dio por hacer la *queimada* –un preparado ritual de aguardiente de orujo, azúcar, corteza de limón o naranja y granos de café, elaborado al fuego lento–, cuyas emanaciones en un ambiente cerrado tenían un efecto lacrimógeno, aparte de las invocaciones y conjuros a golpe de pandereta que hacían imposible el diálogo de la peña. Era señal de que había que abandonar el campo y buscar nuevos rumbos.

Tras los sabores de Italia

En esos tiempos ya Chito y yo hacíamos incursiones independientes. Ambos cenábamos regularmente fuera de la casa. El vivía solo, pues su familia todavía permanecía en Cuba y yo había adquirido el hábito en Chile de cenar fuera. Compartíamos la afición por la comida italiana y disponíamos, con una razonable relación calidad-precio, de *La Taberneta* en la Arzobispo Nouel, con sus pastas, una insuperable calzonne y el chianti Ruffino, de *El Sorrento*, con una buena pizza, un jugoso ossobuco y unos espaguetis a la boloñesa con abundante



queso parmesano. Dato –quien prefería la pasta a la putanesca– y Freddy Agüero participaban de esta cofradía gastronómica. Otras opciones cercanas eran *El Roma* y *La Trattoria* de la Palo Hincado, con una sabrosa lasaña, un negocio del dueño original de la *Heladería Capri*.

De la barra curva de *El Sorrento* hicimos un punto. En una ocasión, el Dr. de los Santos y Jerez, emplazado en el otro extremo, se acercó a donde estábamos Chito y yo compartiendo unas copas de vino tinto. Me pidió entonces que le presentara a mi amigo, extendiéndole de inmediato la mano con rigidez ceremonial. Al identificarse por su nombre el médico replicó con aire de fingida sorpresa: “*Pero ¿usted es el mismo Dr. Francisco Henríquez Vásquez, alias Chito, a quien siempre quise conocer?*” “*Para servirle*”, respondió Chito en forma un tanto seca ante el exagerado manierismo del galeno, cuyas excentricidades eran famosas. “*Pero qué honor conocerle. Yo siempre he admirado mucho a los comunistas y a los maricones*”. Ante esa salida “Eladiana”, conociendo las malas pulgas del amigo, me quedé esperando una sonada bofetada. Bruscamente Chito desprendió su mano derecha sujeta por ambas de Eladio y le espetó: “*Pues quédese con los maricones, porque este comunista se retira*”. Rápidamente tuve que pagar la cuenta –que siempre compartíamos– y alcanzar al Dr. Henríquez que salió enfogonado del restaurante.

La Cafetera Colonial y El Conde con 19 de Marzo

La Cafetera Colonial de Franquito –con su tradición de tertulias emblemáticas de la intelectualidad dominicana y de los republicanos españoles que llegaron en los 40 junto a los refugiados centroeuropeos– se convirtió en un emplazamiento

alternativo. Aunque más abierta socialmente, heterogénea al acoger a ajedrecistas, artistas plásticos, masones, vagos y calieses, *La Cafetera* representó otra experiencia sumamente interesante. Era un resumen de la dinámica de El Conde, mutante con la evolución de la jornada. Desde la madrugada abría sus puertas para servir el mejor café expreso de la ciudad molido en presencia del cliente (Paliza No.5), con una oferta de excelentes sandwiches de pierna de cerdo, pollo, derretido de queso, y una jugotería insuperable de lechosa, zapote, granadillo, piña, naranja. Su profundo pasillo la hacía una galería de arte natural en cuyas paredes colgaban caricaturas de Eladio Sánchez o Eduardo Matos Díaz, mientras Dionisio Pichardo tenía su taller de pintura al fondo, resguardado por una tropilla de gatos.

El núcleo duro de la peña se rearmó. Enriquillo Rojas Abreu, Freddy Prestol Castillo, Felo Haza del Castillo, los mellizos Amado y Rafael Hernández, Chimbá Guerrero, Héctor Papi Quezada, Luis Rodrigo, Fello Burgos, en ocasiones Franklin Mises Burgos, se confundieron con los Chito, Dato, Kasse Acta, José Aníbal, Juan, Vallenilla, Amadeo Julián, el Dr. Euclides Mejía, Dionisio Pichardo, Rómulo Vallejo y otros más. Era un arcoiris de biografías, talentos y tendencias que disfrutaban esta mezcla cotidiana que arrancaba a prima noche y cerraba al filo de la madrugada. *La Cafetera* era la base, pero la esquina de El Conde con 19 de Marzo era el espacio, casi surrealista, en el que Chimbá Guerrero –al izquierdizarse el debate– proclamaba que estaba en territorio “americano” al subirse en la tapa del alcantarrillado y que pronto ordenaría un bombardeo de jamones de Virgina. Felo Haza le requería al poeta Rojas Abreu que le cortara el “rezao” mientras hablaba.



En tanto Freddy Prestol Castillo narra con trazos magistrales las andanzas de Pablo Mamá en tiempos de Báez.

Chito, madrugador como mi primo Felo Haza del Castillo, era de los que abría *La Cafetera*. El consumo de tantas tazas al día pasaba por un ritual singular digno de figurar en un tratado gourmet.

Los Imperiales

Los *Helados Imperiales* brindaron otro espacio para la tertulia. Aparte de incursiones vespertinas o nocturnas, funcionó por buen tiempo una peña dominical matutina a la que acudían Pedro Mir, José Espaillat, Tulio Arvelo, Telo y Teddy Hernández, Tonito Abreu, Plinio Pina, Emilio Almonte y Fifi Bonet. Y por supuesto, Dato y Chito. Le di seguimiento a este encuentro semanal más sosegado de contertulios que antes se aproximaban al Parque Independencia a comprar billetes de la Lotería en horario de remate. Pero los compromisos familiares dominicales, con hijos demandantes de atenciones, me obligaban a estancias más breves y espaciadas. Era una peña más pequeña que las otras, que se beneficiaba de los helados de uva de playa, coco con pasas, bizcocho y chocolate del establecimiento. Y de sus celebradas hamburguesas. Y por supuesto, del ángel narrativo del inolvidable Pedro Mir Valentín, quien fuera amigo de mi padre en la década del 40 y con quien trabé un encantadora relación.

El Palacio de la Esquizofrenia

La última morada tertuliana de Chito Henríquez fue el *Restaurante El Conde*, conocido también como el *Palacio de la Esquizofrenia*, ubicado en la esquina noroeste del Parque

Colón. Ámbito de la bohemia, de él hizo Manuel del Cabral su segundo hogar, rodeado de poetas y escritores como Tony Rafal, Pedro Peix, Andrés L. Mateo; de artistas como Carlos Sangiovanni y José Cesteros; y del mítico animador de Cacibajagua, Carlos Gómez Doorly. Hoy es un punto de encuentro de jóvenes artistas que estudian en la cercana Escuela Nacional de Bellas Artes, de turistas que gustan de la zona colonial y de viejos románticos que todavía sueñan un mundo armónico.

Chito –como su talentosa hija Quisqueya que domina ese arte– hizo allí su instalación final, rodeado del respeto y el cariño de amigos viejos y nuevos. Los Dato Pagán, Kasse Acta, Vallenilla, Nabú Henríquez, Ilander Selig, compartieron su mesa gratamente, antes de adelantar el viaje. A su manera, lo hizo su primo Fitó desde una mesa solitaria sin intercambiar saludos. Le dejaron con Luis Rodrigo, Vetilito Alfau, el Ing. Checo, Macho Miolán, Teddy Hernández, Roberto Cassá, José Isidro Frías, José Martí. A vuelta de semana, Juan Ducoudray, Tonito Abreu, Alfredito Rizek y José del Castillo se dejaban caer. Las dos últimas veces que saqué a mi madre ya inmovilizada a pasear por la ciudad la llevé a que saludara desde mi vehículo a su viejo amigo, el nieto de don Fed.

Una vida ejemplar

Tras su retiro de la UASD en 1999 el orgulloso profesor mantuvo su magisterio intacto. La Academia Dominicana de la Historia que había presidido don Fed fue una de sus más recientes plataformas, desde la vicepresidencia en la Junta Directiva que encabezó Roberto Cassá. Había recorrido un largo camino. Atrás quedaba su rol activo en la formación del



Partido Revolucionario Dominicano junto a su primo Enrique Cotubanamá Henríquez, mediando en Cuba entre éste y los Juanes (Bosch y Jimenes Grullón) para acordar la plataforma doctrinaria. En el país había articulado el nacimiento del Partido Democrático Revolucionario Dominicano y la Juventud Revolucionaria (“*en la oficina de tu papá*”, me dijo un día navegando entre los meandros del recuerdo, “*se hizo uno de los congresos del Partido, mientras se celebraba un Te Deum en la Catedral*”), entidades clandestinas que se anticiparon al Partido Socialista Popular y a la Juventud Democrática durante el “interludio de tolerancia” del 46 y parte del 47.

Luego el exilio, su enrolamiento en Cayo Confite como oficial del Batallón Sandino y su accionar constante en otras jornadas antitrujillistas y su columna semanal en el diario *Tiempo de Cuba*. Los fallidos intentos por reintegrarse a la patria tras el ajusticiamiento del tirano. La labor en la Biblioteca Nacional José Martí de La Habana. El retorno en 1966 y su trabajo en la UASD a través del Departamento de Historia y Antropología, la elaboración de sus *Notas de Cátedra de Historia Dominicana* (HIS-011) en el Colegio Universitario (publicadas a mimeógrafo en forma de fascículos), la promoción de seminarios de interpretación de nuestro pasado y su talante polémico en tópicos como el de la formación de la nacionalidad, el impacto de la Revolución Haitiana en Santo Domingo, la división de los cacicazgos, el papel del patricio Juan Pablo Duarte, y el fantasma que siempre rondaba su bien estructurada memoria: las luchas antitrujillistas.

Chito asumió con responsabilidad en 1975 el reto de fundar y dirigir el Museo Nacional de Historia y Geografía. Era una tarea ardua y su propia trayectoria política de izquierda,



siendo uno de los íconos de la UASD, le granjeó no pocas incomprendimientos, dadas las polarizaciones existentes durante el régimen de los Doce Años de Balaguer. Fui de los que le apoyó con una colaboración desinteresada. A su lado el general ® Radhamés Hungría, historiador militar, Reyna Alfau, museógrafa, Salustiano Llinás, asistente ejecutivo, junto otros. Con el comunicador Papi Quezada produjo por RTVD un programa semanal de divulgación histórica.

Tarea pendiente

En nuestra relación de casi cuarenta años siempre le animé para que plasmara en libros sus múltiples publicaciones dispersas, reeditando aquellas *Notas de Historia-011* del Colegio Universitario de la UASD, los trabajos presentados en congresos, seminarios y talleres, las excelentes conferencias que preparaba con esmero, sus punzantes y bien hilvanados artículos en la prensa nacional. Me ofrecí a auxiliarle en la tarea compilatoria y editorial. Le sorprendía en su morada como una forma de presión, remachando sobre el asunto. Entonces me mostraba la evidencia de que estaba “*trabajando en eso*” con los materiales a mano. Pero era un hombre tercamente orgulloso. “*No te preocupes, José del Castillo, que eso viene*”. Lamentablemente la muerte le sorprendió enfrascado en esas faenas.

Hoy lo miro todavía levantando pesas y haciendo ejercicios de barra en el patio de su casa. Lo encuentro tomando café con su ritual del azúcar, la cucharita, el platillo y el infaltable cigarrillo. Su jovialidad cariñosa, la sonrisita burlona y el temple de caballero de una estirpe en extinción.



Creo que la mejor manera de honrar su memoria consiste en propiciar la edición de sus obras dispersas, tarea pendiente en la cual la Academia Dominicana de la Historia, el Archivo General de la Nación, la Universidad Autónoma de Santo Domingo y la Comisión Nacional de Efemérides Patrias tienen un papel que jugar. Y, por supuesto, sus amigos que le llevamos en el hondón donde mora la buena tertulia de los “*comehelados de la Heladería Capri*”.

